

Eva, herida en el corazón, y la injuriosa rabia de Lavirón, engañado en sus deseos de amistad. No podía acusarles de apasionamiento, pues se acusaba á sí mismo. Lleno de humilde sinceridad, entonó un *mea culpa* en esta hora de dolor. Desesperó de poder rescatar sus errores respecto á sus sinceros y leales compañeros tan cobardemente abandonados; pero se juró que si no podía reconquistar su afecto, por lo menos recobraría su estima. Para conseguirlo sabía que tenía un medio al alcance de su mano: el trabajo. Y resuelto, de una vez y para siempre, á recobrar la libertad de su vida de artista, empezó á pensar en su obra.

### III

—¿Sabe usted si Oliverio está vestido ya?— preguntó Susana á su madre, mientras se ponía un sombrero de fieltro, adornado con plumas negras, ante el espejo de su cuarto tocador.

—He dicho á tu hermano que fuese á buscarle á su gabinete— contestó la señora Brandón.— Estás muy bien, Susana; este traje te sienta admirablemente.

Sin responder al cumplido de su madre, la joven hizo un movimiento que revelaba su inquietud.

— No estoy segura de que venga, querida mamá. Ayer noche, cuando le recordé que hoy era

el día fijado para la fiesta por la condesa Waldner, y que nuestra amiga contaba con él, no me contestó. Me parece que quieren hacerle cantar, y aun me figuro que la condesa se lo habrá anunciado á los duques, que tienen deseos de oír á Oliverio. ¿Cree usted que será capaz de negarse á acompañarme?

—No lo creo, Susana. Ha sido siempre tan amable, tan atento y tan complaciente....

Un relámpago iluminó los ojos de Susana. Arrugó los finos guantes de piel de Suecia, y dijo con sequedad:

—Sí, ha sido siempre muy complaciente, tal vez demasiado....

—Estoy viendo que tú misma le aconsejarás que se rebele á tus deseos

—Confieso que si hoy se negara á acompañarme, experimentaría una gran contrariedad; pero también es cierto que en otras ocasiones le he encontrado demasiado dócil....

—Esto define perfectamente tu carácter: quieres dominar, pero ha de ser con lucha. Tu abuelo, el gaicho que domaba caballos salvajes en la cordillera, despreciaba á los que no oponían resistencia. Pretendía que no tenían ningún valor. Tú tienes su sangre en las venas.

—No diré que no, pero también tengo sangre de Brandón, el hombre de negocios, y me gusta que todo vaya con regularidad.

Harry entró sonriendo en el cuarto tocador.

Vestía traje de levita gris, y en el ojal se destacaba una hermosa orquídea. Parecía contentísimo.

—Bien. ¿Le has decidido? ¿Viene?— preguntó Susana.

—No le he decidido, y se queda — dijo el joven soltando una carcajada.— ¡Qué hombre más raro!

—Parece que te alegras por no haber conseguido lo que todos deseábamos.

—No, pero la convicción de Derstal me hace mucha gracia. Se considera perdido si interrumpe su trabajo; sus ideas se marcharán para no volver más. ¿Dejé yo de frecuentar mis relaciones, ni me retiré del mundo cuando escribí *Atala*?

Susana miró á su hermano fijamente, y dijo con sequedad:

—Eso no tiene nada que ver con lo que sucede ahora.

—¿Nos vamos sin él?— preguntó la señora Brandón con cierta complacencia.

—No; voy á hablarle.

La joven pasó por su alcoba, cruzó el salón y abrió la puerta del gabinete de Derstal. Tendido boca abajo en un diván, con el papel de música delante y un tintero, pluma, goma y un raspador al alcance de su mano, el músico estaba escribiendo. Al ver entrar á Susana frunció las cejas, se incorporó, apoyándose en un codo, y haciendo un nuevo movimiento se quedó sentado. De pie ante él, con el rostro animado, contraídos los labios por graciosa sonrisa, hermosísima con su

traje color crema, adornado con encajes de Irlanda, y el enorme sombrero artísticamente colocado sobre su linda cabeza, Susana le miró fijamente, y le dijo con voz en la que parecía ir envuelta una caricia:

—¿Es cierto, Oliverio, que no quieres ir conmigo á casa de los Waldner?

—Si en vez de decir que no quiero, dices que no puedo, acertarás.

—Vamos, Oliverio, hablemos formalmente. Se puede lo que se quiere.

—En el orden de las cosas fútiles puedo hacer todo cuanto quiero; pero en el orden de los asuntos serios, no. Por ejemplo: si quisiera trabajar, acompañándote á la fiesta de esta tarde me sería imposible; mientras que si quiero reír, hablar, jugar ó dormirme en ella, tiene que serme muy fácil; pero no se trata de cosas fútiles..... En grandes hojas, y en pentagramas adornados con llave de sol trazo unos signos convencionales, que se traducirán en sonidos, y que se llaman notas de música..... Es la partitura para América, que tú misma me has rogado que no deje de escribir. Considero esto muchísimo más importante y urgente que ir á aumentar el número de los invitados al *five o'clock* de tus amigos.

—Prometí que irías.

—Dices que no me ha sido posible.

—Los grandes duques cuentan contigo.

—Desde ahora mismo pueden descontar.....

—Son altezas imperiales, Oliverio. ¿Has pensado en ello?

—Ya lo creo que pienso; pero has de saber que no me hallo dispuesto á doblar el espinazo ante tus príncipes rusos. Que empiecen por pagarme los derechos de *Erin*, que han puesto en San Petersburgo y en Moscou, sin que, al parecer, se acordasen de que yo existía.

—Oliverio, Oliverio..... Esas mezquindades no son dignas de ti.

—¿Quién es más mezquino, el que no paga ó el que reclama? Además, no estoy en disposición de ir á ninguna parte; me sentiría violento, estaría impertinente. Déjame aquí con mi trabajo....

—¿Estaré condenada á oír siempre esta palabra?

—Es preciso que te acostumbres; tú lo has querido, y la obra no se escribirá sola. Oye lo que he escrito esta mañana.....

Se sentó al piano, colocó la música en el atril, y preludió.

—¡Pero Oliverio! Mi madre y mi hermano están esperando.

—Se habrán sentado. Haz tú lo mismo; digo, á no ser que lo que quiero hacerte oír no te interese.....

—¡No me ha de interesar!..... Estás imposible..... ¿Qué viento habrá soplado hoy?

—El viento de la inspiración tal vez. Escucha: esta marcha es el motivo característico del trai-

dor....., ta, ta....., son las trompetas..... Aquí los saxafonos y los clarinetes bajos responden irónicamente..... ¿Distingues la lucha de las dos influencias? Luego el motivo de la protagonista se establece y predomina..... Re, fa, la, sol, si, sol, si, do.....

Cantando y tocando se entusiasmó; encadenó las diversas partes de la escena; y el brío, el esplendor y la gracia de las armonías del canto cautivaron á la joven, á pesar suyo, haciéndola olvidar las causas que la habían llevado al gabinete, la prisa con que debía marcharse, y hasta á su madre y á Harry, que la estaban esperando. La página escrita había terminado, y Derstal se detuvo. Volvióse hacia la joven, y solicitando su aprobación, le dijo:

—¿Qué tal?

—Encantador, precioso; no puede pedirse nada más bonito.

Este elogio vulgar, expresado con tres palabras que equivalían á una repetición de la misma, le hizo daño al oído. Se sintió poco comprendido. En su corazón sintió un peso que le ahogaba, y al coger el cuaderno de música, sus manos temblaban de coraje.

—¿Y cuántos días de trabajo te ha costado esto? —preguntó Susana con inquietud.

—¿Qué importa, si se consigue el objeto perseguido? Un día, una semana, un mes, no suponen nada; lo único importante es el resultado.

—En fin, si te encierras en un aislamiento absoluto, como, según parece, tienes la intención, ¿cuánto tiempo durará?

—Lo menos seis meses.

—¡Seis meses! El fin del invierno, toda la primavera y una parte del verano — exclamó la joven con espanto. — Un año perdido.....

—¡Perdido! — replicó vivamente Derstal. — ¿Y para quién?

—Para nosotros. ¡Durante un espacio de tiempo tan largo será preciso aguantar la molestia de verte vivir retirado y no tenerte nunca á mi lado! ¿Qué dirán nuestros amigos?

—Querida mía, tus amigos dirán que tienes la suerte de ser la mujer de un hombre muy ocupado. Tu padre está ahora en América, ¿no es cierto? Tu madre está sola en París. ¿Se asombra alguien?

—Mi padre es un hombre de negocios: sus fábricas no pueden prescindir de su dirección; mientras que tú.....

—Mientras que yo soy un artista, ¿no es esto? Es decir, un hombre cuyas ocupaciones son esencialmente frívolas y despreciables..... Pues bien; están ustedes en un error, y no hay ninguna diferencia entre el artista y el carpintero..... El uno cepilla tablones y el otro cepilla música; pero se necesita el mismo trabajo, la misma asiduidad; los dos necesitan el mismo entusiasmo. Y si yo no cepillo la partitura todos los días, sin descansar

uno, hasta que las virtudes armónicas, que deben salir para que la obra quede bien ajustada, clara, limpia y pulida, hayan sido arrancadas, haría una obra defectuosa, y eso es lo que no quiero. Tú tampoco lo quieres, pues recuerda que deseabas escribiese la obra para la mayor gloria de tu América.

—Oliverio, aquel día estaba loca, lo veo bien claro, y sacrifiqué mi tranquilidad á no sé qué necio orgullo.

—No, Susana; no estabas loca: me trataste como debías tratarme y como merecía. Tú me recordastes que mi destino era producir; que no debía correr detrás de ti como un jovencuelo por los salones en donde pasas la vida. Tu orgullo te condujo á librarme de las obligaciones, algo humillantes, que pesaban sobre mí. Ahora vuelvo á ser dueño de mí mismo; estoy seguro del camino que tengo que recorrer, y llegaré al fin; tú no me atormentas.

—Pero ¿qué debo hacer, Dios mío? ¿Podía figurarme lo que sucede?

—Vete á divertirte, y vuelve sonriente y tranquila. Me encontrarás sentado á mi mesa y con algunas hojas más que ahora.

La orgullosa joven se irritó al ver que no se la obedecía. No fué dueña de contener un grito de cólera, y golpeando el piano con su enguantada mano, dijo:

—Éste es mi afortunado rival. ¿Podía figurár-

melo? Nunca. ¿No temes que alguien se dedique á cortejarme? ¿No tienes celos?

—Tengo gran confianza en ti.

—Pues ten cuidado, que no paso inadvertida para todo el mundo, y tu ausencia puede dar que hablar. Vamos, Oliverio, vente conmigo; hoy nada más; te lo suplico....

Rodeó el cuello de su marido con sus brazos y acercó el rostro á sus labios. Derstal era débil.... Cedió.

—Vamos, veo que no tengo más remedio que hacer todo cuanto quieres.... Pero no estoy vestido....

Susana, dando un grito de triunfo, se quitó precipitadamente los guantes.

—Yo te ayudaré.

Entró en el cuarto tocador de su marido, y revolviendo los armarios, escogió el traje y lo colocó en el sofá.

Derstal no pudo evitar una sonrisa al ver tanta diligencia. No quiso pararse á reflexionar sobre la importancia de su capitulación. Se conformó á complacer á Susana, y aplazó para el siguiente día las juiciosas reformas que había decidido introducir en su vida.

Una mujer sería muy torpe si habiendo triunfado un día de la voluntad de su marido, no consiguiese dominarla de nuevo valiéndose de los mismos medios. Susana sólo sacó en limpio de la concesión que su marido la había hecho que, ha-

biendo luchado con ella, había necesitado hacer uso, para vencerle, de una gran habilidad y no menor insistencia. La conclusión había sido que, no pudiendo aceptar una nueva rebelión, era preciso establecer sólidamente sus prerrogativas de mujer autoritaria. Su hermano le daba ánimos para continuar por ese camino, pues todo cuanto podía molestar, herir ó atormentar á Derstal lo consideraba como una revancha de lo que él llamaba sus humillaciones. En su alma germinaba una necesidad de feroz rencor, y él pagaba con odio los servicios que tan generosamente le había prestado su cuñado. Le aborrecía con todas las fuerzas de su impotencia. Había llegado al extremo de denigrar *Atala* porque había sido escrita por Derstal, y cuando sus amigos le hablaban de ella celebrándola, contestaba con altanería:

—No hablemos de eso. Es muy malo. Obra de principiante. Ahora me he compenetrado ya con la escena, y no he de tardar en hacer una cosa completamente distinta. La armonía de *Atala* es pobre, y la melodía de muy escasa importancia. Si quieren juzgarme, esperen un poco.

Con estas palabras asombraba á los *snoobs*, que le consideraban como á un hombre tanto más superior, como que despreciaba abiertamente sus elogios, y él se procuraba el goce de librarse del bien que Derstal le había hecho renunciando á sus ventajas. La presencia de su cuñado en su casa había acabado por serle insoportable. Había trasla-

dado su habitación al otro extremo de la casa, para no tener que oír el piano de Derstal cuando éste trabajaba. Los sonidos del instrumento le acarreaman crisis nerviosas, y había declarado á su madre que le era absolutamente imposible escribir una nota de música teniendo siempre en los oídos el «ruido» que hacía el compositor. Se instaló en la planta baja y en el lado opuesto al en que tenía las habitaciones su hermana. Su odio progresaba por días, y acechaba la ocasión favorable para hacerlo estallar. Práctico hasta en el odio, el joven yanqui quería que su ataque á Derstal fuese decisivo.

Entretanto, invitaba á sus amigos en la planta baja, y allí se celebraban veladas simbólicas, en las que se producían obras extrañas, interpretadas por seres de sexo indeciso, y luego se deleitaban apurando copas de bebidas exóticas, cuya base era el éter. Algunas veces llegó á fumarse opio. Pero todos cuantos intervinieron en aquellas parodias orientales se pusieron tan malos, que ninguno tuvo deseos de volver á empezar. Harry seguía, sin embargo, su vergonzosa campaña cerca de su hermana. Aprovechando su continua intimidación, no dejaba perder ocasión sin hablarle burlescamente de Derstal.

—Se queja de que no tiene la tranquilidad que necesita para trabajar, y yo temo que lo que le sucede es que no tiene grandes facultades. Porque al fin y al cabo, ¿cómo se las arreglan los otros

compositores, sus rivales y sus maestros? Es público y notorio que Massenet y Saint-Saëns frecuentan la sociedad, forman parte de jurados, se acuestan tarde, forman parte de sociedades que les quitan la mayor parte del tiempo, y, sin embargo, producen regularmente obras muy notables con perfecta tranquilidad. ¿Cómo lo consiguen? Sin duda tienen una admirable abundancia de ideas y una técnica prodigiosa; pero Oliverio es tan hábil como cualquiera de ellos. ¿Acaso no tiene ideas? Es de creer, si se juzga por sus lamentos y por los visibles esfuerzos que tiene que hacer para terminar una sencilla partitura de ópera. De lo contrario, es extraordinariamente perezoso, y se vale de estos pretextos para imponer su derecho á la indolencia. En todo esto lo único que hay claro es que únicamente te acompaña cuando no tiene más remedio que hacerlo, y que apenas escribe música. Como marido, es intermitente, y como músico, deja mucho que desear. En resumen: que no es el fénix que nos habíamos figurado. Entusiasmándonos con él, obramos con soberbia ligereza.

A estas venenosas insinuaciones Susana replicaba siempre enfureciéndose y diciendo que se había casado con Derstal porque le quería. Defendía á su marido de los ataques que su hermano le dirigía; pero, á pesar de todo, las perfidias de Harry hacían mella en su convicción, la hacían vacilar, y cuando protestaba en favor de Derstal,

ya lo hacía con más fuerza que sinceridad. En su pensamiento se establecieron comparaciones. Era verdaderamente innegable que los compositores contemporáneos producían sin descanso, dando todos los años al público obras para el teatro ó trozos para los conciertos. Entre ellos había algunos célebres y ricos, gozando de elevadas posiciones sociales, y que habrían podido retirarse de la lucha y disfrutar pacíficamente de sus pasados éxitos; pero hacían todo lo contrario. Su orgullo y su alegría consistía en proseguir su carrera, echando á un lado sus aristocráticas costumbres, olvidándose de sus castillos y de sus rentas para entregarse sin reserva alguna al arte, que era su única preocupación.

El lujo había sido la causa del agotamiento de Derstal. Su voluntad había desaparecido, y vivía sin dirección, sin gusto, sin satisfacciones. Parecía un árbol trasplantado en un terreno desfavorable para su desarrollo y que poco á poco va secándose, perdiendo la lozanía de sus hojas y flores y próximo á morir. Susana veía que de día en día su marido cambiaba, tanto física como moralmente. Su hermoso rostro, en el que brillaban dos ojos negros, se hundía, y una sombra velaba su mirada. Se movía con lentitud y como si hubiese perdido las fuerzas, y su mutismo degeneraba en creciente melancolía. Siempre parecía aburrido y triste, y ni siquiera intentaba defenderse de los caprichos de su mujer. Los sufría con desolada resignación,

como si no tuviese valor para luchar y se dejase arrastrar por la corriente de su destino. Sin embargo, cuando tenía un día de libertad se ponía á trabajar. Entonces se mostraba más expansivo, más satisfecho, y su rostro aparecía iluminado por una repentina animación. El piano resonaba, la voz del compositor se hacía oír en el silencio de las habitaciones, y Harry, pálido de cólera y envidia, salía de su planta baja tapándose los oídos y diciendo á voz en grito:

— Ese ruido..... ese ruido..... es insoportable. Me crispa los nervios, me destroza los tímpanos, ahuyenta todas mis ideas..... Preferiría que hubiese un organillo en el patio. Sí; un organillo que tocase *Los diamantes de la corona* ó *El postillón de Longjumeau*.

La existencia se deslizaba de este modo para Derstal, lamentable y espléndida. Si hubiese podido suprimir su cerebro y vivir sólo la vida de los sentidos, habría sido perfectamente dichoso. Tenía una mujer joven y hermosa, cuantas comodidades se podían desear: caballos, coches, mesa delicada y distracciones de todas clases. Todos sus antiguos compañeros le tenían envidia, y muchos de ellos habrían cambiado su vida por la del compositor, mientras que él mismo, en sus horas de franqueza, habría confesado que el más pobre de todos los seres, pero libre de hacer cuanto se le antojase, era mucho más dichoso que él.

Una mañana, á la hora de almorzar, Harry en-

tró en el comedor llevando un telegrama en la mano y con el rostro radiante de satisfacción.

—¡Buena noticia! ¡Buena noticia!—exclamó.— Jim llega; está en Douvres; termina un negocio y viene á París. Seguramente le veremos mañana por la mañana.

Susana y la señora Brandón recibieron la noticia de la llegada de su primo y sobrino con tranquila satisfacción. Derstal se asombró de sentir un repentino descontento.

—Naturalmente—añadió Harry,— Jim se hospedará aquí.....

Ante esta declaración, Derstal frunció el entrecejo, y sus ojos se fijaron en Susana, como para que juzgase con respecto á la conveniencia de semejante decisión. La joven enrojeció ligeramente, y esperó un momento para dar á su madre, que era la dueña de la casa, el tiempo necesario para intervenir; pero convenciéndose de que la señora Brandón no formulaba ninguna apreciación, dijo con calma:

—Yo creo, Harry, que sería preferible que Jim se hospedase en otro sitio que en esta casa. En primer lugar, porque estará más libre, cosa que no podrá menos de complacerle, y después porque así no se dará lugar á las habladurías á que indudablemente daríamos motivo.....

—¿Qué habladurías?—dijo Harry con la aspereza del hombre á quien desbaratan su combinación.— ¿No es un pariente nuestro? ¿Un sobrino

no puede vivir bajo el mismo techo que su tía?

—Es pariente nuestro—dijo Susana;— pero además ha sido mi prometido, y no creo que su sitio esté aquí, al lado de mi marido. Me asombra, Harry, que lo violento de esta situación no se te haya ocurrido.

—Bueno—replicó Harry;—¿acaso tienes la intención de no volver á ver á Jim porque tuvo la mala suerte de ser despedido por ti? ¿Tuvo la culpa ese buen muchacho de que sin más ni más le dieses calabazas? ¿No se considera bastante desgraciado por esto? ¿Va á ser preciso separarlo de la familia?

—¿Quién ha dicho semejante cosa? Entre vivir en casa de nuestra madre, á nuestro lado, y venir aquí como tantos otros, ó más asiduamente si se quiere, hay una gran diferencia. Yo estoy convencida de que Oliverio no pondrá ningún obstáculo.....

—Seguramente—dijo Derstal, tomando á su vez la palabra.—Y añado que no veo en lo que ha dicho Susana con tan buen juicio más que razones de pura forma. Por lo que á mí se refiere, no pongo el menor inconveniente para que Jim Stewardt se instale en esta casa; pero añado que será mucho más conveniente que se hospede en otra parte. Tu primo no es un muchacho á quien se tenga que vigilar. Aquí tiene amigos, y no sentirá tener completa libertad. Esto no habrá de impedirle venir á esta casa cuando quiera, y aun todos